

Fuera de VALIJA

LOS PRESOS DEL MINISTRO DE FRANCO Y LOS DEL ARTICULISTA FRANQUISTA

AÑO 18 Enero 47

EN el interesante reportaje del periodista norteamericano Ted Allan sobre la España de hoy, que ha ofrecido a sus lectores este semanario, figura un capítulo magistral: el de la entrevista con el ministro de Justicia de Franco, Fernández Cuesta. No sería posible comprender las palabras de éste sin explicar antes qué clase de fenómeno, de bicho raro, es un ministro de Franco. Todos los ministros del mundo suelen hablar un lenguaje igual o muy parecido al que hablan los demás mortales. Todos los ministros del mundo, desde luego, menos los de Franco. Estos emplean unas expresiones absolutamente originales y extravagantes, dan a los vocablos un valor inédito e insospechado, han inventado ciertos tópicos de una novedad fabulosa y desconcertante. Cualquiera que hable con uno de ellos debe quedarse sin saber si le ha hablado en broma o en serio. Ya resulta bastante fuerte que los ministros de Franco se empeñen todavía en decir que España es ahora un Imperio. La palabra imperio da idea de poder, de fuerza, de prosperidad, de dominio, de expansión, de algo grandioso y robusto, en fin. Pues bien: a los ministros de Franco se les ocurre aplicar esa brillante denominación a nuestra patria, precisamente cuando más débil, hambrienta, afligida, demacrada, triste y axangüe se halla la pobre. Y por si no bastara esto, añaden los ministros de Franco que España no sólo es ahora un Imperio, sino que es un Imperio Azul. Con la misma lógica colorista, algún ministro de Franco podría salir diciendo cualquier día que España tiene una Ley hipotecaria rosa pálido o que va a hacer un empréstito verde botella. Todo ello revela un estado de esquizofrenia ministerial muy alarmante, que no tratamos, sin embargo, de examinar en este momento. Nos hemos referido a él tan sólo para buscar una especie de clave que permita comprender lo que el ministro de Justicia de Franco, Fernández Cuesta, ha dicho al periodista norteamericano. Si acertamos a explicarnos eso del Imperio Azul, y lo de que al ministro de Franco le llaman los falangistas "el camarada Excentísimo Señor", y lo de que a los republicanos que se opusieron a la rebelión militar de Franco los persiga y condene Franco como reos de un delito de rebelión militar, estaremos probablemente en camino de comprender el lenguaje belarmino del esquizofrénico ministro franquista. Con una cara dura incomparable, el ministro de Justicia de Franco aseguró a Ted Allan que en España no hay presos políticos. Ellos, los franquistas, los llaman de otra manera: criminales de guerra. La cosa no deja de tener miga. Ese cambio de calificación encierra una monstruosa y feroz ironía. Desde el momento que las grandes potencias democráticas no han declarado, como debieron hacerlo, criminal de guerra a Franco, obligándole a comparecer ante el tribunal de Nuremberg y destinándole allí la horca que por derecho le correspondía, Franco encuentra natural ser él —y sus ministros— quien llame criminales de guerra a los demócratas españoles. De reos de rebelión militar han pasado éstos a ser criminales de guerra. Es decir, Franco y sus minis-

tos se sacuden sus propios delitos sobre sus enemigos, les cuelgan sus propios sambenitos y se quedan luego tan tranquilos, haciendo declaraciones a los periodistas extranjeros.

Fernández Cuesta, el ministro de Justicia de Franco, ha dicho belarminadamente a Ted Allan las cosas más disparatadas, delirantes e inverosímiles: por ejemplo: que las elecciones de 1936 las ganaron las derechas, que las izquierdas provocaron la guerra, y que él, el propio Fernández Cuesta, no tiene aspecto de asesino. (Pero ¡Señor! ¿de qué querrá tener aspecto un ministro de Franco?)

Entre estas rosellecas declaraciones del ministro de Justicia de Franco, figura la de que en las cárceles españolas sólo hay 6.116 de los que cualquiera llamaría presos políticos y que los ministros de Franco, en su lenguaje especial, llaman criminales de guerra. 6.116. No 100.000, como se tiene por seguro, ni siquiera 50.000, no: 6.116. Ni uno más, ni uno menos. En realidad, dos menos. Si, dos menos: 6.114. Porque nuestro viejo conocido don Alfonso Junco comenta en un artículo reciente esas cifras dadas por el ministro de Franco y afirma que el número de "prisioneros" que había en España cuando Ted Allan visitó a Fernández Cuesta era de 6.114. Don Alfonso Junco es, ciertamente, varón consagrado a la verdad y a la exactitud. Cuando él dice que no había en España más que 6.114 presos, por algo será. Resulta, sin embargo, una diferencia, en contra de don Alfonso Junco, de dos presos. Ahora bien: ¿a quién creer? A Fernández Cuesta que es el ministro de Justicia de Franco en España, o a don Alfonso Junco, que es su profeta en Anáhuac? ¡Qué ha hecho don Alfonso Junco con los dos presos políticos que le ha quitado al ministro de Justicia de Franco?...

Es muy posible que don Alfonso Junco resulte simplemente, en este caso, víctima de la propaganda roja, de los que él llama con tanta finura "los profesionales del infundio — o de la credulidad". Ya se sabe que los "profesionales del infundio — o de la credulidad" han afirmado repetidas veces que Franco y su Falange han asesinado, con juicio ante un tribunal militar o sin él, a muchos presos políticos. Los "profesionales del infundio — o de la credulidad" han llegado a citar nombres de poetas, de periodistas, de diputados, de profesores de Universidad, de militares, de médicos, de abogados, de obreros, etcétera, que han sido asesinados por Franco y su Falange. Nuestro viejo conocido don Alfonso Junco nunca ha querido aceptar esa triste verdad que echaría por tierra toda su gedeónica teoría sobre la bondad y magnanimidad de Franco y sobre la clemencia y el sentido humano de su gobierno. ¿Cómo es posible que un hombre tan bueno como Franco haya ordenado matar a nadie? — debe de preguntarse don Alfonso Junco antes de escribir uno de esos artículos que escribe a mayor gloria de Franco y del Ibáñez ese. Pero, poco a poco, gota a gota, destilándose como un veneno, ha ido cayendo en su espíritu purísimo y veracísimo la ponzoña de la propaganda roja, la de los "profesionales del infundio — o de la credulidad". Don Alfonso Junco habrá acabado, acaso, por sospechar algo: "No creo que Franco haya matado a tantos presos políticos como dicen, pero quizás, quizás, a alguno si que es po-

sible que lo haya hecho matar" — habrá pensado, por fin, don Alfonso Junco. Y va en esa pendiente de vacilación y falta de fe, al ver la cifra de presos políticos —o criminales de guerra— de que habló el camarada Fernández Cuesta a nuestro compañero Ted Allan, debió surtir efecto decisivo la propaganda roja en el alma atormentada por la duda del fidelísimo y veracísimo don Alfonso Junco: "Seis mil ciento diecisiete presos dice el ministro de Franco? — se preguntaría don Alfonso Junco. — ¡Huy, huy, huy! ¡Por lo menos a dos de ellos si que los habrán matado ya! Quizás no maten a tantos como aseguran los rojos, pero ¡qué menos que dos!..." Y así, suponemos,

salió la cifra que don Alfonso Junco estima justa, exacta, precisa, matemática: 6.114. Esos dos presos políticos que faltan entre las declaraciones del ministro de Franco Fernández Cuesta y el artículo del crispinesco secuaz de Franco don Alfonso Junco, o los ha matado el propio don Alfonso Junco — ya que no le creemos capaz de ponerlos en libertad — o reconoce y confiesa don Alfonso Junco que los ha matado su admirado, bondadoso, magnánimo, benigno, caritativo, benéfico, filantrópico y píssimo candil Francisco Franco, nobilísimo caballero cristiano, destinado, como se sabe, a la horca.

A.P.C.E.
SIG.: 1.29/1248